

CLAIRE NICOLAS WHITE  
MOSAICO DE UNA VIDA

**Notas de lectura**  
Teresa Sebastián

En “*Mosaico de una vida*”, el libro de memorias de la poeta Claire Nicolas White, los silencios conviven con las palabras, ese conjunto de elipsis que adivinamos entre líneas en un estilo de contención y matices muy alejado de la estridencia y que proyectará sobre Norteamérica la luz de Holanda, el país de procedencia de la escritora.

Tal vez escribir un libro de memorias constituya un acto de liberación si ello se conforma dentro de la categoría de los actos sagrados, al suponer una necesidad vital: dejar, por fin, a los pies -descargar- el enorme fardo de recuerdos, para que sean restituidos al inmenso océano que podría acogerlos. Las palabras retornan a su origen, a la psique primordial de la lengua materna, en este caso, el holandés. Estas escrituras sagradas menos tienen que ver con el aspecto comercial de los libros que con la necesidad primaria de escribirlos. Tal vez con la determinación de quedar en paz con lo vivido en la intra-historia de cada cual. Ese “me di cuenta”, “lo vi”, “lo he vivido”, “el pájaro se posó en aquella rama”, etc... El sello de una vida se estampa en un dibujo: *así fue...* cuando la atención sostenida y concentrada en la experiencia ha observado un craquelado sobre una taza de porcelana que se llenó tantas veces de té hirviente.

Manifiesto así mi simpatía por la poeta Claire Nicolas White, y por su editorial en español, Editorial Sabina, sin cuyo concurso no podríamos disponer de esta obra que nos ofrece estupendas horas de lectura en una combinación de límpidos fragmentos de vida, o teselas, desde el brillo de un cristal y el ganchillo de una cofia o las conmovedoras anguilas que nadan en un cubo de agua esperando convertirse en una sopa, junto a otros horizontes mayores: los encuentros y convivencias con personas excepcionales, como lo fue Aldous Huxley, casado con Marie, la hermana de Suzanne, madre de Claire, por citar un ejemplo.

Las observaciones de la escritora no renuncian al marco onírico personal y se ofrecen como parte de la verdad. Y parte de la verdad son los vivos y son los muertos, y también los amigos invisibles: *el señor...Pimput*, personaje inventado por una niña, la pequeña Claire, para conversar en soledad y para conservar la soledad positiva que llamamos “intimidad”. Sus anécdotas sobre lo grande y lo pequeño se disponen para ilustrar los avatares de una familia burguesa en Europa, en la época de entreguerras, y los sucesos de su llegada a Norteamérica. Un conjunto de platinotipias, aquellas cuidadosas fotografías que antaño se hicieron: la peripecia de una niña y su hermana conviviendo en una familia de inestables adultos, iconoclastas, que cambian de situaciones y de ciudades. Cambios no del todo comprendidos por sus observadoras más cercanas: Claire y la hermana menor, Sylvia.

La escritora devana aquí sus bovinas de observaciones a las que no les falta una cualidad, la mirada de la inocencia, que se prolonga hasta su madurez, y que, por lo que sabemos, aún le queda ese poso a los 92 años de edad, y “*Mosaico de una vida*” es su meditación en

movimiento: animales, paisajes, casas, personajes adultos que revolotean alrededor de los niños con frecuentes hipocresías, -a menudo descubiertas por sus testigos de corta edad-.

Ella comienza su recordatorio admitiendo un sentimiento que se irá reforzando a lo largo de la lectura: el considerarse a sí misma una refugiada, “-como lo es la mayor parte de la gente en Norteamérica, o lo ha sido-,” precisa, admonitoriamente, en esta escritura anterior a 1989. Y parece profético este “o lo ha sido” en estos momentos históricos nuestros en los que no parece que a ningún grupo humano se le vaya a otorgar refugio, si lo precisara con urgencia por unas u otras necesidades de traslación desde su lugar de procedencia, como sucede en el advenimiento de una guerra, y tal fue el caso para la familia de Claire en vísperas de que los nazis alemanes ocupasen su país, Holanda.

Desde esta casilla de salida se sitúa la escritora, desde el sentimiento de haber perdido un Edén, por motivos nunca del todo comprendidos por ella. Un Edén: aquellas hermosas casas europeas que habitó, primero en medio de los pólderes con la inmensidad del horizonte alrededor y el olor salino del mar traspasando los inmensos muros de contención, y después en otras varias casas adornadas con diferentes grados de esplendor, siempre enigmáticas y laberínticas, y en las que fue creciendo junto a su hermana Sylvia, a la que finalmente dedicará la ofrenda de este libro. Espacios cambiantes que incluyen un lúcido capítulo sobre el colegio conventual en el que Claire pasó recluida algunas temporadas agitada por la soledad y la confusión, una época adolescente en la que también descubre la amistad absoluta con su compañera Renée, y donde también aprende Claire que los absolutos pueden desleírse fuera de su medio como un pequeño trozo de hielo.

No extraña que el capítulo inicial de la llegada de la familia a Nueva York sea llamado “El sacrificio”, así como las sucesivas mudanzas a las casas de los otros familiares que los acogen se nos antojarán también sacrificios de diferente envergadura. Claire podría amigarse con la filósofa María Zambrano en torno al Exilio, pues ambas mujeres hubieron de practicar una errancia no deseada, en años no tan distantes, con una guerra por medio. Y ya instalada en este exilio, como patria o *matria*, en la universidad descubre Claire, a la par, su aptitud e interés por la escritura y su pudor, o su no correspondencia con lo que se espera en la sociedad americana que se manifieste en una joven atractiva en los años de las fiestas y las competiciones por la popularidad.

Y es que el Smith College, no es una universidad cualquiera, sino un colegio progresista para señoritas, -aún hoy- en el que dentro de un especial ambiente liberal se han ido educando generaciones de mujeres como las históricas del feminismo liberal americano: Gloria Steinem, y Betty Friedan, la activista negra Yolanda Denise King, hija del líder de los derechos civiles Martin Luther King, la poeta Sylvia Plath, la escritora y aviadora Anne Morrow Linberg, cuyas crónicas de vuelo reflejó en el libro “North to the Orient”, entre otras hazañas. Y también se educaron en Smith: Nancy Reagan, la arquitecta Jean Bodman Fletcher, y un largo etcétera de mujeres socialmente prominentes en los Estados Unidos.

Pero por aquella época, nuestra discreta y pacífica Claire, en consciente y deliberado contraste con su iconoclasta familia, se escondía de las citas y del brillo de las sortijas de compromiso y del whisky, al que considera una aberración anglosajona frente al excelente vino añejo de la bodega familiar. Porque... Europa siempre es Europa -para Claire una combinación tres países: Holanda, Bélgica y Francia, puesto que vivió en los tres-.

Si, notamos en la lectura que a Claire le cuesta volverse americana; y suele ser así para muchos de los que hemos vivido en América y que no sabemos que somos europeos hasta

que nos alejamos lo suficiente de nuestro mundo original. Pero en *Mosaico de una vida*, justo a mitad de libro, junto a su novio, el futuro escultor Robert White, -nieto del mítico arquitecto Standford White-, que a la sazón en el capítulo lleva sombrero y botas de cuero y piensa participar en un rodeo, vemos que Claire suelta de pronto su nostalgia europea como un delgado papel que desaparece volando en dirección contraria. Y en medio de este viaje que se nos antoja iniciático, nos regala la escritora unas descripciones de Aldous Huxley. Están ahora de visita en casa de los Huxley en California., y nos dice que él trabaja en una furgoneta plateada, y que “... *portaba su hermosa y distinguida cabeza con aparente fatiga. Siempre la inclina hacia delante, como si marcara la dirección de su cuerpo alargado...*” Y también aparece un invitado especial de los Huxley, el filósofo poeta hindú Krishnamurti:

*“ Se le daba bien caminar, era elástico, flexible y permanecía en silencio, para que pudiéramos concentrarnos paso tras paso. Aquel día subimos por una cresta más alta que ningún otro día. “Un día seguí a un puma durante todo un día y una noche –dijo. No me habría importado ser aquel animal”.*

Estas notas aparentemente casuales del libro de Claire aportan encanto a sus memorias porque nos dejan escrutar a otros escritores. A veces Claire no parece querer escondernos nada y nos devela que su traje blanco de novia le trae el perfume de los nardos que rodeaban a su abuelo muerto y que entonces escucha música de funeral, lo que convoca al antiguo amigo invisible: el señor Pimput, que aparecerá siempre que Claire se siente desvalida y lo onírico se entrelaza con la realidad ordinaria.

Sobre sus influencias de escritura, sabemos que ha estudiado, leído y valorado a Proust, y Claire elabora su particular saboreo de recuerdos, a veces se vuelve hacia el este del continente, contemplando el océano Atlántico en Long Island, -lo más lejos posible de esa extraña América-, y otras veces se planta firmemente en la tierra del Oeste, que la acoge.

Sobre cierto capítulo dedicado a una casa habitada por un fantasma, os dejaré descubrir un secreto fundamental. Es quizás uno de los más bellos y sutiles capítulos del todo el libro. Pienso también por ello, que los verdaderos protagonistas del libro de Claire son las casas: las casas concha, las envolturas espirituales de los espacios que tienen sus propias cualidades de elevación, o de factor impulsor de abatimiento síquico. Y la particular intuición de Claire lo ha captado desde niña, y esta percepción de la magia de los espacios constituye un asunto nuclear de sus memorias.

La poeta Claire Nicolas White, de algún modo regresa a Europa también a través nuestro, sus lectores. Las anécdotas que he señalado no agotan las sorpresas de su mosaico. Claire pasa de puntillas por algunos seres también extraordinarios, como su madre, Suzanne, artista eclipsada por el consorte, pintor de vidrieras Joep Nicolas, y así otros familiares de Claire: el esposo escultor y sus antepasados millonarios, los hijos y vecinos, muchos de ellos también artistas, en gran medida hacedores de la América que conocemos con sus luces y sus demasiadas sombras.

Finalmente, investigando datos sobre la vida de Claire para la presentación de su libro en la Librería Enclave, en Madrid, me encontré con un poema revelador en la sección de poesía del Smith Collage, cuyos últimos versos he intentado traducir. Se trata de un poema dedicado a Sylvia, hermana compañera, hermana testigo de lo hubo, de lo que se fue, y del advenimiento de una nueva realidad para dos chicas holandesas en Norteamérica, que nunca pidieron abandonar aquella delicada luz frente a los pólderres. Una luz sutil que embarga estas páginas de una calima en diferentes grados de encubrimiento, mágica al principio, y que luego se desprende según avanza la obra hacia otro fulgor más simple, una luz americana.

Dedicado a Sylvia:

*Me abrumas con  
tu solitaria reunión de acontecimientos,  
de herramientas, de perfectos medios con los que  
trabajar, haciendo el presente relevante  
ahora que tanto ya pasó, ahora que esta tierra  
ha sido nuestra el tiempo suficiente para que nos sintamos  
una parte de ella, derramando nuestras lenguas,  
deseando al fin permanecer y hacerla nuestra.*

Cerrando el ciclo en la escritura, lo vivido se ha aceptado. La sobria Claire, que se tuvo a sí misma por un lacerante y lacerado puercoespín, descubre al fin en sí diminutos capilares de dulzura que también conviven entre otras púas de la memoria, y que la iluminan.